

**Literatura.** Álvaro Enríque convierte la gesta de Gerónimo y los últimos chiricahuas en una ambiciosa novela total con 'Ahora me rindo y eso es todo'

## LA RESISTENCIA APACHE DE LA LITERATURA

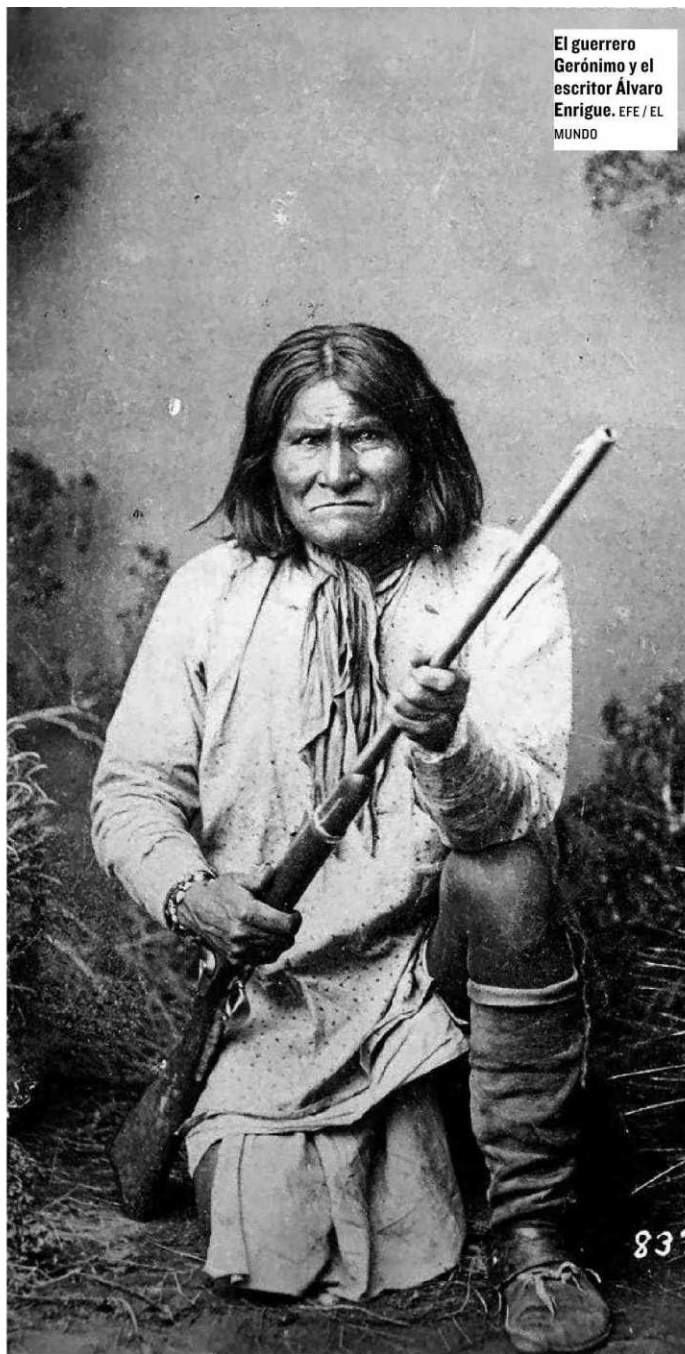
POR MATÍAS NÉSPOLO  
BARCELONA

Las ambigüedades nunca son inocentes. Cuando Álvaro Enríque habla de la escritura y del arte de la novela, pareciera que se refiere la gesta de un pueblo que sólo conoció una bandera, su propia dignidad, y resistió más de 300 años a todos los ejércitos sin someterse ni asimilarse jamás, ni a unos ni a otros, hasta su definitiva desaparición. Y viceversa, cuando habla de los últimos chiricahuas –el nombre náhuatl se lo pusieron los aztecas que acompañaron al invasor español y significa «los que son pocos» porque, de hecho, lo fueron: del vagón del tren que se llevó a San Antonio al legendario Gerónimo y a los grandes señores de las praderas derrotados sólo bajaron 23 guerreros, contando mujeres y niños– pareciera que Enríque reflexiona sobre eso que llamamos literatura.

«Se trata de mantener una resistencia siendo crítico con las ideas recibidas. La novela es fundamentalmente una crítica con las estructuras sociales y políticas en las que te tocó vivir», dice el autor mexicano, ganador del Premio Herralde de Novela 2013 por *Muerte súbita*, que regresa ahora con *Ahora me rindo y eso es todo* (Anagrama). Una obra aún más ambiciosa, lograda y voluminosa que la editora Silvia Sesé define, quizá con justicia, como novela total. Una obra que nació, cuenta Enríque, de manera programática ante el asombro de saber que esos

23 derrotados en el Cañón de Guadalupe en 1886, no sólo habían resistido el último lustro al asedio de los dos ejércitos más poderosos de la época en el continente americano: el de EE UU y el de la república mexicana; sino que habían asolado un territorio de la extensión de la península ibérica. «La proporción de valentía y resistencia era ejemplar. Esto merece una novela», se dijo entonces el mexicano. Ese territorio, en concreto, figura en muchos mapas del siglo XIX con el nombre de «Apachería». Una nación ya desaparecida en la intersección entre Arizona, Nuevo México, Sonora y Chihuahua que Enríque contempló para su asombro en la Biblioteca del Congreso de EE UU y que incluso «ya reconocía la Constitución de la República mexicana en 1821». «Puesto que no se rinden, se les reconoce una nacionalidad a las poblaciones indígenas y se les reconoce un territorio», explica el autor. Tras muchos años de investigación, «la historia se convirtió en algo muy personal», confiesa el escritor que implícitamente se identifica con la absoluta independencia apache y su resistencia sin condiciones. «En la hora íntima y sagrada de la escritura me he ganado el derecho a hacer lo que me da la gana», dice Enríque, reconociendo que quizá se trate su «novela más personal». «Sentí que ya no tenía que preocuparme con una serie de valores aprendidos». «No tenía que

respetar más las convenciones de la República de las letras mexicana», completa. De hecho, en *Ahora me rindo y eso es todo* Enríque conjuga sin complejos el relato histórico con la ficción en varios géneros superpuestos e incluso con la reflexión sobre la propia escritura, porque el escritor, afincado desde hace años en Nueva York, se introduce en primera persona para desgranar su «viaje íntimo» hacia el norte, al igual que los últimos chiricahuas derrotados se internaron en tierra gringa como prisioneros o, mejor dicho, ganado en un vagón de



El guerrero Gerónimo y el escritor Álvaro Enríque. EFE/EL MUNDO

EL MUNDO / EFE

ferrocarril.

La novela comienza con la incursión de unos «rurales» mexicanos, comandados por un personaje histórico, el teniente coronel José María Zuloaga, en la «Apachería» en busca de Camila, una blanca cautiva. Pero el viaje pronto se transforma en algo más que el simple rastreo del legendario Gerónimo y sus apaches rebeldes, porque ese mundo fronterizo se revela como una compleja matriz de la historia americana, en la que las simples dicotomías como la oposición entre blancos y pieles rojas pierde toda validez. «La novela comienza con un primer libro que es fundamentalmente un spaghetti western, pero después ese libro va virando hacia una interioridad cada vez más política, cada vez más trágica y preocupada por las consecuencias de los actos de nuestros ancestros en el mundo contemporáneo», explica Enríque.

«La novela discute lo que se ve desde la ventana de la historia», añade el mexicano, de madre catalana y afincado en EE UU, porque en realidad lo que le preocupa en sentido negativo son las identidades fijas. Entre otras cosas, porque en la nación apache, habitada por mexicanos, gringos, criollos, tropas afroamericanas, indios asimilados de otras tribus, misioneros españoles y un largo etcétera, no las hubo. «Vivimos en un mundo de las identidades fluidas», dice, en velada comparación con borrado territorio chiricahua. «Los apaches demostraron cómo las pequeñas comunidades pueden resistir a los ideales de los grandes nacionalismos opresores. La palabra identidad no debería tener la importancia que tiene hoy día. La idea que una nación tiene su identidad única es peligrosa», advierte el escritor que, citando a Foucault, combate ese tipo de ideas peligrosas heredadas del siglo XIX. Y las combate como un apache con la mejor literatura.

